

Alfonso M. Escudero O. S. A.

Fray Gaspar de Villarroel



NACIO en Quito, en 1592, según calcula el P. Maturana. (Otros siguen todavía aferrados a 1587).

Era hijo del licenciado y letrado Gaspar de Villarroel y Coruña, guatemalteco, y de doña Ana Ordoñez de Cárdenas, venezolana. Familia numerosa.

Después de ser relator de la audiencia de Quito, el licenciado Villarroel y Coruña pasa al Cuzco (1586); y luego a Lima. El autor del *Gobierno eclesiástico pacífico* recordará más tarde haber sido confirmado por el santo arzobispo Toribio de Mogrovejo.

En 1607 viste el hábito agustino. Profesa al año siguiente, y no será el único eclesiástico de la familia. Hasta su padre, después de enviudar, sin abandonar el ejercicio de la abogacía, recibe órdenes.

El hijo estudia provechosamente. Y no sólo teología, cánones y demás disciplinas eclesiásticas.

A su tiempo, enseña artes y teología en el estudiantado limeño de su Orden, y prima de teología en la Universidad. Además, predica con lucimiento. El visitador P. Pedro de la Madriz lo escoge para su secretario. En 1622, Villarroel es defi-

nidor, en ese mismo período, vicario provincial de Lima; y en 1626, prior de Cuzco y confesor y albacea del obispo local.

Poco tiempo permanece en el Cuzco. Por Córdoba y Buenos Aires, emprende viaje (1628) a España, la tierra de sus mayores. Pero quiere entrar a Madrid con una buena credencial. ¿Qué mejor que un libro? En su impresión se detiene en Lisboa—Lisboa es ciudad de España en aquel momento—hasta 1631.

Y oliendo a imprenta todavía la primera parte de sus *Comentarios, dificultades y discursos literales y místicos sobre los Evangelios de Cuaresma*, entra en Madrid, centro de su mundo, aunque un mundo que se derrumba. Reside en el convento de San Felipe; y entre los dignatarios de la corte, se encuentra con útiles relaciones de familia. Predica, y con tal acogida, que a poco es designado predicador de Su Majestad.

Pero una espina se le ha clavado en el alma. Oye que se dice de él: «Estoy asombrado al ver que un americano, esto es, un indio, sea tan blanco y que hable tan bien el castellano como un español».

Villarroel comenta:

«Bueno fuera que, porque la condesa de Chinchón, que vino de España a sólo ser virreina, porque concibió y parió en Lima su heredero, diga en España un bobo que el nuevo conde de Chinchón es indio».

Villarroel es un español, de América, sí; pero español sin gota de sangre india.

¿Rivalidad entre peninsulares y criollos? No. Más bien, ignorancia de las cosas de América. Y Villarroel parece como que se sintiera complacido de su herida, orgulloso de ser americano.

Su valer y la influencia del duque de Maqueda y de los condes de Orgaz y del Castillo hacen que en 1637 sea preconizado obispo. Lo será de Santiago de Chile.

Después de casi 10 años de Europa, regresa a América, ahora vía Panamá. Se consagra en Lima. Y a fines de noviembre

de 1638, llega a Santiago, donde se le tributa un recibimiento triunfal.

Desde Lima traía como acompañante al P. Luis de Lagos, agustino también, de quien más tarde escribirá: «Es mi compañero, mi confesor, mi mayordomo, con especial poder y general administración de mis rentas, mi visitador general, mi secretario y mi limosnero».

Dice don José Toribio Medina:

«Como obispo, distinguieron a Villarroel principios de tolerancia y esmero en conservar buena armonía con todo el mundo, la conducta verdaderamente ejemplar que empleaba consigo mismo . . . , su generoso desprendimiento con los pobres. Jamás quiso abandonar el hábito modesto de su Orden por el traje más ostentoso de un obispo; las prácticas religiosas tenían en él un fiel observante; en liberalidad se extendía a tanto, que repartía en limosnas las dos terceras partes de su renta». (*Diccionario biográfico colonial de Chile*, p. 971).

Al pasar por Lima, el virrey conde de Chinchón, después de muchos tanteos, le había insinuado: «No lo vea todo, no lo entienda todo, ni lo castigue todo».

Y Villarroel agregaba, años más tarde:

«He procurado seguir este consejo y débole a él toda la paz que he gozado».

No sólo a eso. También—y quizá ante todo—a su condición naturalmente pacífica—«este Gobierno Pacífico de que trato es el que yo practico»; a su espíritu conciliador, enemigo de conflictos; a su cordura, a su don de gentes, a su tacto, a su habilidad, a su bondad; a su experiencia de los hombres; a la «suave ironía con que miraba la vanidad querellosa de los dignatarios» (Gonzalo Zaldumbide).

«Hizo de su gobierno un oasis de paz, de respeto mutuo y de dignidad» (Encina, IV, 400).

Ya el gobernador marqués de Baides decía de él: «No ha

excomulgado no sólo oidor, pero ni alguacil». Y «en todas las Indias nunca hemos visto un prelado tan pacífico».

Y no es que se dejara atropellar. No. Valiente, digno, supo hacer respetar las inmunidades de la Iglesia y se hizo respetar hasta de los oidores... lo que no es poco decir.

Lo que hay es que tenía el don de saber gobernar.

Concilió ambas potestades, pontificia y regia.

A diferencia de su antecesor, no negó al gobernador el incienso en la misa: «¿Por qué con dos granos de incienso no compraremos la paz de todo el año?».

Alguna vez se le ha acusado de regalista. Pero Villarroel no concede a los reyes y gobierno españoles sino lo que en aquellos tiempos concedía la Santa Sede. Como obispo, defendió hasta en sus menores detalles «las preeminencias de su dignidad y no permitió jamás, durante su gobierno, la menor invasión del poder civil en las que se llaman inmunidades eclesiásticas» (Maturana, I, 396).

«Se sabía sonreír tan inteligentemente de los manejos de la vanidad y deshacerlos con tan sutiles trazas, que desarmaba a sus competidores sin humillarlos ni darse el aire de triunfar en ellos» (G. Zaldumbide).

Prefería que los obispos—decía—se hicieran «respetar más con sus virtudes que con sus sitiales».

No fué ceremonioso, y en cambio fué llano y asequible, porque su bondad era natural, espontánea.

Vestía modestamente, trajes remendados, transformados; para defenderse de los fríos de Santiago, toscas medias de lana. Su carruaje era una carreta.

Era frugal.

De su renta de 4 mil pesos, daba 3 mil de limosna.

Buscaba ante todo el bien de su diócesis y de su pueblo. Fué el padre de todos, tal vez con una excepción: los miembros de su familia.

A su hermano don Juan Ordoñez de Cárdenas, cura de la catedral, rector del seminario y visitador del obispado, sancionó con privación de todos sus cargos y destierro.

Parecida severidad se gastó en conferir órdenes y dar licencia para confesar, como contra los eclesiásticos mercaderes y los que él llamaba guedejudos. Y para tener en su diócesis clérigos instruídos, él mismo les hacía clases de teología moral y los guiaba en la resolución de casos de conciencia.

A pesar de su salud delicada, visitó su diócesis personalmente. En la región transandina de Cuyo, demoró un año, y en la travesía de la cordillera rodó sobre la nieve, bien involuntariamente. En uno de esos viajes pastorales, se le esfumaron los indios con los bueyes que arrastraban las carretas; y al querer el marqués de Baidés castigar a los culpables, el obispo pidió que los dejaran en paz (y esto no lo cuenta Villarroel, sino el de Baidés).

El terremoto y sus consecuencias le impidieron celebrar el sínodo diocesano que proyectaba.

El terremoto. Fué la noche del 13 de mayo de 1647—hace 3 siglos—. Se arruinaron todos los edificios de Santiago. Herido en la cabeza, Villarroel no dejó, sin embargo, de confesar en toda la noche. Y a la noche siguiente, después de un día ocupado en consolar, alentar y amparar a los necesitados, lo subieron «en hombros sobre un bufete en que estaba el santo crucifijo de San Agustín» (el que desde entonces se llama Señor de Mayo) y desde allí, herido, y con el frío del mayo santiaguino, nada suave para un hombre criado en Lima, predicó hora y media, con fruto extraordinario, y luego siguió confesando hasta las dos de la mañana. Ese era Villarroel.

Y luego, a reconstruir su catedral, la casa episcopal, el seminario y el monasterio de las agustinas. La catedral la rehizo en menos de cuatro años, con las limosnas de sus fieles y las suyas, más una suma colectada en Lima por el virrey marqués de Mancera, sin la ayuda de un maravedí de la hacienda real. Ese era Villarroel.

Nada tiene, pues, de extraño que se ganara la amistad admirativa de virreyes y gobernadores, ni que saliera de Chile bendecido por el clero tanto regular como secular y echado de menos por los fieles.

Había sido el más grande de los obispos de Santiago en la colonia.

¿Qué le había parecido Chile a este quiteño encariñado con Lima?

Desde luego, admiró la honestidad y piedad de sus mujeres y la hospitalidad de su gente toda. «La caridad de la gente de esta tierra compite con las mayores de Europa; en ella no hay los que llaman tambos en el Perú y ventas en España».

En seguida, la valentía «Es Chile, por naturaleza, un suelo que produce orgullo; por influjo del cielo y por especial constelación son valientes sus naturales. Cien mil indios peruanos ahuyentó en el Cuzco el capitán Mancio Sierra con el ruido de unos cascabeles; y cuatro indios chilenos han despoblado al Perú de hombres. Poblóse esta tierra de Chile de caballeros ilustres y tienen de indios chilenos sólo los corazones; hay mozos sin barbas aquí que asombraran a Flandes».

Pero, para un hombre delicado criado en Lima, el clima santiaguino tenía que hacerle añorar días pasados. «Aquí en Chile vivo muriendo», «Tengo a Lima en el corazón»...

Sin embargo, creo que desde el punto de vista de la actividad literaria, el estimulante clima del Chile central le fué beneficioso. El clima, y el muy limitado círculo de relaciones, el aislamiento algo forzoso entre libros. Si no, que lo digan los que escribió en Chile.

En marzo de 1652 le dijo adiós a Santiago. Iba trasladado a la diócesis de Arequipa, de clima más benigno para él.

En Santiago había tenido que reedificar la catedral. En Arequipa no la había habido nunca, ni ornamentos, ni aún piedra apropiada para construcciones. Pero Dios sabe proveer. Se encontró una cantera, y una mañana se vió al obispo con una

piedra al hombro rumbo al sitio de la futura catedral. ¿Cómo no seguir los fieles tal ejemplo? En menos de tres años la catedral arequipeña ya estaba construída.

Otra prueba sufre el P. Villarroel en Arequipa: pierde a su compañero el P. Lagos. Entonces es cuando—cansancio, tristeza, escribe al continuador de Calancha, el cronista P. Bernardo de Torres, aquella carta melancólica, desengañada, que algunos biógrafos ingenuos han tomado tan al pie de la letra, y de que extracto algunos pasajes:

«Pídeme vuestra paternidad noticias de mi persona para honrarme en lo que escribiere...

Nací en Quito, en una casa pobre, sin tener mi madre un pañal en que envolverme, porque se había ido a España mi padre. Dicen que era yo entonces muy bonito; y, a título de esto, me criaron con poco castigo.

Entréme fraile; y nunca entró en mí la fraílía. Portéme vano; y, aunque estudié mucho, supe menos de lo que de mí juzgaban otros. Tuve oficios, en que me puso no la santidad, sino la solitud...

Llevóme a España la ambición; compuse unos librillos, juzgando que cada uno había de ser un escalón para subir. Hicieronme obispo de Santiago de Chile; y fuí tan vano que, para no aceptar el obispado, no bastó conmigo el ejemplo de cuatro frailes agustinos, que electos en aquella ocasión no quisieron aceptar.

Goberné el obispado de Santiago de Chile; y, por mis pecados, envió Dios un terremoto. Ponderaron lo que trabajé en aquellas aflicciones comunes; y el Consejo, que es bien contentadizo, me dió en premio este obispado, que es de los mejores del reino. Quitóme Dios en él mi compañero; y quitóme en él la mitad de mi corazón.

Estoy ahora edificando mi catedral; y tan desengañado de las vanidades del mundo, que me cogió la carta de vuestra paternidad haciendo picar un escudo de armas que sin mi noticia habían puesto en lo más alto de una bóveda....

Si yo, mi padre maestro, hubiera merecido de Dios, en tan prolongada edad, que me diera mucha virtud, dejara muy buena memoria de mí; pero, no habiendo de ser buena, no haya de mí memoria...

Guarde Nuestro Señor a vuestra paternidad, como deseo. Arequipa y 8 de agosto de 1654 años.—*Fray Gaspar*».

Todavía debía cambiar de sede el P. Villarroel, ahora, en 1659, al arzobispado de la ciudad de los 4 nombres (Charcas, Chuquisaca, La Plata, Sucre). Y allí murió, el 12 de octubre de 1665, tan pobre, que no dejó con qué costear los gastos de su entierro.

«Siempre entendí que no es esta tierra de las Indias tan abundante y feraz de minas como de calumnias», observó una vez Villarroel. Pero a él no le alcanzaron las calumnias.

Sus contemporáneos apreciaron en él ante todo al orador. «Más quisiera predicar como Villarroel que ser oidor», exclamó en cierta ocasión Solórzano Pereira, el de la *Política indiana*.

A la buena figura, la fisonomía inteligente, el ademán elegante, la voz agradable y graduable y una simpatía natural, agregaba lenguaje fácil, flúido; tono elevado, noble; memoria ágil, obediente.

Era la suya una elocuencia espontánea, persuasiva, de alma generosa y entusiasta, y valiente al mismo tiempo que bondadosa.

«Hase de predicar—decía—sin que quede un oyente con lesión; es de predicadores sesudos desviar del golpe el amago; y quien, no maltratando la reputación del delincuente, echa un resguardo a su honor, le gana su voluntad».

Amigo de los libros, a su bien asimilada cultura teológica, jurídica y patriótica unía el manejo de los autores profanos clásicos; y cuando las citas y latines nos atemoricen un poco hoy, recordemos para justificarlo—¿no lo aconseja Zaldumbide?—

su complacencia en remover tesoros, su satisfacción de sentirse a la sombra de los grandes nombres.

El humanista humaniza al teólogo; y surge el escritor.

«El escribir ha sido en mí una tentación continua desde mi tierna edad».

Y junto con la afición, tenía el sentido, el instinto del arte de escribir, que, con la práctica y el estudio, lo convertirá en señor de la expresión.

«Cuidando más de la verdad que del aliño» dice que procederá al referir el terremoto famoso. No necesitaba preocuparse del estilo. Se le daba como añadidura.

Escribe—dice Zaldumbide—con tanto pulso como gobierna». Y en otra parte: «Gustaba de ser comprendido y de escribir como quien conversa en buena compañía».

Era claro, cosa rara en su época.

El escritor ordinariamente se contagia de las preferencias expresivas de su tiempo. Villarroel se salpicó un poco del conceptismo. Pero del culteranismo, no.

Su gusto firme y fino debió de rebelarse contra el énfasis, el encrespamiento, el enmarañamiento, la extravagancia de los Campazas contemporáneos.

Alguien vió en él—en su expresión gallarda—a un Montalvo anticipado al de Ambato. Es que—ya lo observó otro ecuatoriano, Honorato Vásquez—Montalvo también había leído, con atención y fruto, como Villarroel, a los clásicos.

En aquel siglo XVII, el gran siglo de la comedia española, siglo en que su rey más representativo gustaba de actuar de comediante y los eclesiásticos eran comediógrafos: en aquel siglo, era difícil que Villarroel no fuera aficionado al teatro.

Y lo fué desde estudiante. Su *Gobierno eclesiástico pacífico* recoge testimonios de su afición, desde cierta clandestina escapatória suya en Lima, apenas concluídos los estudios de artes, hasta su declaración de que, según él, los eclesiásticos pueden asistir a comedias honestas, con tal de que no den escándalo.

En cambio, juzgaba inconveniente la asistencia de mujeres jóvenes a comedias; y, si apreciaba la comedia y al escritor de comedias, estaba muy lejos de tener el mismo aprecio por los comediantes, «gente perdida» que una vez, por no echarles él flores desde el púlpito, casi lo apedrea.

Intentemos una lista de sus obras impresas:

Sermón en la canonización de San Ignacio de Loyola (Sevilla, 1626; y Lisboa, 1631).

Comentarios, dificultades y discursos literales y místicos sobre los Evangelios de cuaresma (Primera parte, Lisboa, 1631; segunda parte, Madrid, 1632; tercera parte, Sevilla, 1634, Reedición en dos volúmenes: I, Madrid, 1661, 1662 y 1663; II, Madrid, 1662 y 1663).

Sermón en la fiesta que celebró la religión de N. P. S. Agustín en el convento de San Felipe a los desagravios del Santísimo Sacramento del altar por los desacatos que se le hicieron en el saco de Torlimén (Madrid, 1635).

Commentaria in Libros Júdicum (Madrid, 1636).

Gobierno eclesiástico pacífico y unión de los dos cuchillos, pontificio y regio (Madrid, I, 1656; II, 1657. Segunda edición, Madrid, I y II, 1738).

Historias sagradas y eclesiásticas morales (I, II, III, Madrid, 1660).

Comentarios, dificultades y discursos literales y místicos sobre los Evangelios de los domingos del Adviento y de los domingos de todo el año (Madrid, 1661).

Del *Gobierno eclesiástico pacífico* hay dos selecciones, recientes: la del t. 4, ps. 311-51, de la Biblioteca peruana de cultura, de Ventura García Calderón, París, 1938; y la de Gonzalo Zaldumbide, *Clásicos ecuatorianos*, I, Quito, 1943, 304 págs.

Zaldumbide lamenta la pérdida de los *Comentarios sobre el Cantar de los cantares*. También andan perdidas las *Cuestiones*

cuodlibéticas y positivas, escritas con motivo de su doctorado en teología. Pero con lo que se conserva, basta.

Sus comentarios latinos a los libros de los Jueces—*Commentaria in libros Júdicum*—, escritos «con mucha elegancia y agudos picantes», según el P. Torres, contienen, en efecto, alfilerazos y alusiones nada complacientes respecto a Felipe IV y su corte.

El *Gobierno eclesiástico pacífico* para Medina es un «vasto arsenal de los conocimientos legales en tiempo de la colonia». Pero, dada la tendencia de Villarroel a encarnar su pensamiento su filosofía, en una anécdota, y dado que es el escritor «que con más frecuencia acude a sus recuerdos y siembra sus escritos; de notas autobiográficas» (I. J. Barrera): la obra—ésta más que ninguna otra—medio se convierte en una colección de crónicas de cosas y detalles sabrosos, pintorescos, en una serie de instantáneas de la época.

Todo está en que sepamos seleccionar, «en medio de disquisiciones de un interés ya abolido», lo que satisfaga a nuestro gusto actual, como lo ha hecho el mismo Gonzalo Zaldumbide, a quien pertenecen las palabras entrecomilladas.

Sabiéndolo leer, será lo que es para Ricardo A. Latcham: un «delicioso escritor de costumbres».

Selección parecida a la del gobierno se impone en las *Historias*, para mejor conocimiento de las cuales demos la palabra a don José Toribio Medina:

«Todo el libro está dividido en quince coronas; cada corona, en siete consideraciones, y éstas, por fin, en historias... El autor recomendaba que se meditase cada consideración... y agregaba que sus deseos eran aprender enseñando; aprovechar al prójimo dar pasto a las almas sencillas..., y granjear que los que lo leyesen rogasen por él: que si los perrillos tienen acción a las migajas, también la tendría quien sazona la comida y sirve la mesa...

Cosa difícil es elegir, de entre las setecientas historias que más o menos se encuentran en los tres volúmenes, las que pudieran citarse de preferencia, pues las hay de toda especie y sobre

asuntos muy variados, aunque siempre llevando por norte edificación del lector... Pero Villarroel no inventa los hechos, la ficción, si es que la hay, pues no hace más que estudiarlos su original para transcribirlos en seguida revestidos de un lenguaje claro, preciso, lacónico y firme... Si con algún libro pudieran compararse, especialmente en la literatura española, sería con el Patronio de don Juan Manuel» (Lit. col. II, 193, 195).

Por su parte Zaldumbide escribe:

«La lectura de la historia es para él, no distracción cinematográfica, desfile de cortejos, fastos solemnes o melancólicos, sino, más bien, serie de experimentos morales, de reacciones psicológicas interesantes, verificación de ideas espirituales, colección de ejemplos. La anécdota no es más que la *ilustración*, a menudo ingenua y pintoresca... De ahí que la anécdota, histórica o apologética, sea su fuerte o su flaco».

Y en otra parte:

«La cultura no le despojó de credulidad; dejóle de candor lo bastante para mantener su frescura de imaginación. Esa frescura casi infantil de impresiones, unida a una perspicacísima sagacidad; esta rara inteligencia de la vida encerrada en los libros, junto con una sensibilidad que todo lo remoza, componen aquel matiz personalísimo, que su don de estilo reproduce intacto, sin hacerlo perder de su ingenuidad ni aún en los trozos de más buscada elegancia o más oratorio artificio».

